

za de sus razones y de la fuerza de su desprecio. Para colmo de ventura, resultaba que aquel joven hablaba la lengua clásica más pura, de modo que, uniéndose la afinidad literaria á la afinidad política, su labor ofreciera todos los encantos. No tenía nada de pedante, era aficionado al trato de las personas cultas y desdeñaba las vulgaridades democráticas; no hacía alarde alguno de erudición, pero evocaba bellos recuerdos clásicos como si hubiese vivido en Atenas, y, en efecto, nadie fué más ateniense que él por el culto de lo bello, por la sabiduría, por la doble aptitud para descubrir la parte filosófica de las cosas ó su ironía. En el mundo orleanista y liberal se grangeó simpatías entusiastas. En las esferas oficiales le llamaban desdeñosamente el *secretario general de los antiguos partidos*. El joven periodista puso empeño en no desmentir ese título. Poco tiempo después, señaló él mismo su puesto y selló la alianza con la publicación de un folleto muy audaz sobre los *antiguos partidos*. El folleto fué denunciado y se procesó al autor, que fué condenado á dos meses de cárcel. Cumplió su pena en la casa de curación del doctor Blanch, más bien como convaleciente que como preso, y sobre todo como pecador menos arrepentido que jamás.

Sin embargo, el *Diario de los Debates* tenía propietarios circunspectos y representaban intereses considerables que no se arriesgaban á la ligera. Prévost-Paradol no abandonó la redacción del periódico, pero se le vió subir con menos frecuencia los gastados escalones del viejo caserón en que se hallaba instalado detrás de la iglesia de San Germán de Auxerrois. En las guerras navales hay pequeños brulotes destinados á volar, pero después de un rudo cañoneo. En la lucha de la prensa de oposición al imperio, *El Correo del domingo*, fundado en 1859, hizo el oficio de uno de esos pequeños buques heroicos y sacrificados. No se publicaba más que los domingos, como lo indicaba su título, pero ese día se desquitaba en grande del silencio que le estaba impuesto durante los otros seis de la semana. Conociendo á fondo el código de la prensa, recibía alegremente la primera amonestación, no se inmutaba mucho á la segunda y limitaba su ambición á evitar la tercera, la que causaba la muerte. A la primera amnistía, aceptaba el perdón con notable ingratitud y volvía jovialmente á las andadas con una seguridad que era de poca duración, pues no tardaba en cometer los dos delitos que harían mortal el tercero. Prévost-Paradol fué el alma de este periódico que vivía entre la batalla y la muerte. En él publicó sus artículos más espontáneos y más atrevidos, sin apartarse del procedimiento adoptado en los *Debates*. Un apólogo, una comparación, un recuerdo, todo le servía de materia para forjar sus dardos. Había artículo suyo que desde el principio hasta el fin no era más que una alusión, sostenida por milagros de ingenio y contenida por milagros de prudencia. De vez en cuando, abandonaba la sátira para profundizar los más arduos problemas de la filosofía; otras veces trataba de descubrir el porvenir de su país, y dejaba escapar como al azar algunas de sus previsiones, lúcidas hasta la profecía, que habían de desarrollarse más tarde en los últimos capítulos de *La France nouvelle*. El *Courrier du dimanche*, aquel pobre buque, hacía agua por todas partes. Los repetidos golpes de las severidades administrativas eran como balas de cañón que destrozaban su

casco, y siempre parecía á punto de zozobrar. A cada suspensión de armas, se carenaba, pero mal, y, antes de llegar á alta mar, experimentaba alguna nueva avería. Esto no preocupaba mucho á los tripulantes. No se habían alejado de la segura y opulenta casa de los *Debates* para navegar por bonancibles aguas. Atendían más al honor que al peligro; y á cada golpe que dejaba malparada su pequeña nave, la brisa les traía de tierra el ruido de los aplausos de sus amigos.

Aquel pensador delicado, aquel admirable estilista, ¿proporcionaría á su partido tanta fuerza como brillo? Los antiguos jefes parlamentarios habían de hacerse muy á menudo esta pregunta hasta el final del imperio, y se la hicieron por primera vez en 1863, cuando la proximidad de las elecciones les demostró la necesidad de un *trucheman* entre el sufragio universal y ellos. He dicho cuáles eran las raras dotes de Prévost-Paradol. Vamos á ver en qué consistía su debilidad. «Los ilotas vencieron á Lacedemonia,» decía el gran periodista un día de despecho. Los ilotas eran el sufragio universal; Lacedemonia (hubiera podido decir más justamente Atenas) era el grupo en que se agitaban sus nobles y gloriosos amigos. Prévost-Paradol era menos á propósito que nadie para remontar aquella corriente del sufragio universal. Para esta empresa se necesitaba fuerza, y él era fino y delicado; se necesitaban algunas ideas muy sencillas, y él se complacía sobre todo en las ideas ingeniosas; era necesario desplegar vivos colores, y él hacía centellear un número infinito de delicados matices. El chisporroteo de su ingenio se evaporaba en la superficie de las masas, como una espuma ligera resbala sobre una roca de granito. Paradol personificaba el eclecticismo, es decir, lo que menos comprende el pueblo. Era escéptico al extremo de poner en duda el alma inmortal, y, sin embargo, su lenguaje nunca revistió expresiones más tiernas que cuando alababa á sus contemporáneos más cristianos, tales como Lacordaire, madama Swetchine y otros no menos santos. Muchas veces hizo el elogio de la monarquía, pero con toda clase de reticencias que hacían vacilar la fe misma que parecía afirmar. En la sociedad que frecuentaba, discernía corrientes contrarias y, según las impresiones de su naturaleza vibrante, iba de una á otra, ora entregándose á todas las jovialidades de su inspiración, ora acongojado de súbito por las preocupaciones del porvenir, por las ansiedades patrióticas que habían torturado á Tocqueville en sus últimos días. A ese hijo mimado de un grupo selecto se le prodigó todo: delante de él se abrían los salones, y también los gabinetes de las damas: la Academia esperaba que tuviese la edad reglamentaria para ofrecerle un sillón; sus artículos se encontraban sobre todas las mesas de lectura, y no había círculo ilustrado que no repitiese sus frases. Decíase que recordaba á Aristófanes por su audaz fantasía, á Swift por su sarcasmo amargo, á Voltaire por la luminosa brevedad de su sátira. A fines del reinado había de conquistar al mismo emperador, á quien, para vencer á tal adversario, no se le ocurrió nada mejor que absorberlo. El único poder que le trató siempre con rigor fué el sufragio universal. Ese hijo de los *antiguos partidos* había de servirles de un modo bastante mediocre, porque se parecía demasiado á ellos.

Esa fisonomía singular acabará de revelarse hacia

fines del Imperio. Desde ahora se ve bastante clara para apreciarla, y no he resistido al deseo de describirla. Seduce y atrae, con algo de incompleto que entristece. Ese literato exquisito cogió en su camino todas las flores de la fama, pero se detuvo en el umbral de la gloria. No pasará de ser, según la expresión de sus contemporáneos, como el *secretario general de los antiguos partidos*, y de antiguos partidos que no han reinado. Con mano firme y ágil asestó al Imperio golpes brillantes, pero no de esos que hacen vacilar. En el orden de las cosas exteriores, una viva previsión le hizo ver los peligros próximos; le aterraron y los denunció con admirable elocuencia. La mayor singularidad de su destino fué que se adhirió á Napoleón en vísperas de su caída y murió de la derrota del que más había él combatido. En la gran catástrofe, quebrantóse su vida al mismo tiempo que su razón, y cuando el huracán se hubo apaciguado, permaneció como un despojo, un despojo ya olvidado, en medio de todo lo que la tempestad había destruido. El aislamiento que se extendió en torno de su memoria contrasta con los favores que se habían acumulado en torno de su vida. De aquel niño mimado de la fortuna no quedan más que hojas dispersas, el recuerdo de un suicidio trágico, una tumba en tierra extranjera, y en el claustro, una hija, único resto de un hogar extinguido, ora en medio del silencio por el que fué el último de los atenienses.

VI

He procurado describir la situación de los partidos, mal armados para la lucha y, sin embargo, inclinados á tomar parte en ella. El hombre á quien incumbía agrupar las fuerzas gubernamentales y combatir á la coalición era el Sr. de Persigny. Este personaje, por la mezcla de sus teorías liberales y de sus proceder arbitrarrios, había ofrecido tan singulares contrastes que no se sabía bien lo que se podía esperar en materia de tolerancia ó de severidad.

Ya conocemos á ese servidor de los primeros días que en Luis Bonaparte proscrito adivinó al soberano futuro y que sin temor ni desaliento le siguió desde Arenenberg hasta el palacio de las Tullerías. La abnegación tiene sus exigencias. Las de Persigny fueron ilimitadas. Su objetivo no era el dinero, al menos el mal adquirido. En cuanto á dignidades, había sido colmado de ellas desde el primer día; á estas alturas era senador, gran cruz de la Legión de Honor, miembro del Consejo privado; además había sido embajador en Londres; en 1863 dirigía por segunda vez el ministerio del Interior, que ocupaba desde hacía tres años. Muy por encima del oro y hasta de los honores, que, sin embargo, no desdeñaba, aquel amigo del destierro hubiera deseado otra recompensa para su fidelidad: como sus servicios eran los más antiguos, no concebía que ninguna influencia pudiese igualar á la suya, y le hubiera gustado ser no solamente uno de los grandes dignatarios del Imperio, sino el inspirador además y el consejero de la política. La naturaleza de su espíritu respondía mal á sus ambiciones. Una particularidad dominante en Persigny era el horror que le inspiraba todo lo sencillo. No era hombre ordinario ni hombre superior, sino ingeniosamente complicado. En su juventud, el primer trabajo

salido de su pluma fué una disertación sobre las pirámides de Egipto, las cuales, según él, no eran sepulturas como comúnmente se creía, sino diques contra la invasión de las arenas. Esta tesis singular, desarrollada con bastante energía y amenidad, le pintan de cuerpo entero. En todo hacía resaltar el carácter paradójico, y aun cuando sus conclusiones fuesen triviales, llegaba á ellas por vías que ningún otro hubiera imaginado. Con el poder vino la lisonja; juzgóse nuevo y original lo que no era más que excéntrico, profundo lo que no era más que obscuro, y el ministro dejó decir con beneplácito lo que él mismo creía desde hacía mucho tiempo. La verdad es que, en medio de teorías confusas, brillaba de vez en cuando alguna claridad bastante viva y que, merced al contraste de las tinieblas que la rodeaban, parecía enteramente luminosa.

De ese personaje no se podía decir que fuese liberal ó autoritario. Su educación política se había hecho en Londres, donde vivió en condiciones muy diversas, como desterrado y como embajador. Hay algo peor que ignorar las instituciones inglesas, y es el haberlas estudiado sin comprenderlas. Persigny había traído de Inglaterra toda una provisión de ideas, reunidas del modo más extraño del mundo. Le gustaba mucho el principio aristocrático, que, según él afirmaba, hubiese consolidado el Imperio: en cambio, no se había compenetrado de ninguna de las condiciones que fundan y conservan las aristocracias: su carácter receloso y fantástico hubiera respetado difícilmente las superioridades naturales; y de hecho, durante su ministerio, se le vió asustarse de todo lo que podía causar perjuicio al trono, hasta de las inofensivas sociedades de San Vicente de Paúl. Se llamaba descentralizador; pero como lo prueban sus decretos, como lo prueban las memorias que más tarde había de presentar al emperador (1), su concepción no iba más allá de un cambio de atribuciones, y se figuraba que, para dar mayor libertad al país, bastaba transferir á los prefectos, cuyo poder había aumentado muchísimo, los despojos de los negociados ministeriales. Odiaba al parlamentarismo, reprobaba igualmente el despotismo y trazaba entre uno y otro un camino obscuro por el cual sus amigos á duras penas podían seguirle y por el cual él mismo se perdía. De todo lo que había traído de Londres, lo más curioso era la colección de los *Bills* dictados, durante los primeros tiempos de la casa de Hannover, contra los partidarios de los Estuardos y los papistas. Del estudio de estas leyes Persigny sacaba una conclusión tan ingeniosa como inesperada. Notaba que los ministros de la reina Ana y de los Jorges se habían guardado bien de desarmarse mientras existió en el Reino Unido un solo católico rebelde, un solo estuardista insumiso. ¿Quién hubiera osado censurar al Imperio por observar igual reserva? Así nació la teoría que proclamaba una libertad íntegra, pero sólo después de la extinción completa de los antiguos partidos. Con eso Persigny creaba una especie de liberalismo aparte, el liberalismo á *plazo ó condicional*. «*El que tiene plazo no debe nada,*» dice una antigua máxima jurídica. En efecto, el Sr. de Persigny nada debía y, por lo tanto, no daba absolutamente nada. Cada vez más aficionado á la importación, Per-

(1) Véase *Memoires*, de M. de Persigny, páginas 302-318.

signy había sacado de Inglaterra otras enseñanzas. Había descubierto que allende el canal de la Mancha la defensa de la dinastía de Hannover había inspirado tiempo atrás leyes draconianas contra los periodistas: éstos podían ser condenados á multas, á prisión, á la picota, á latigazos, á la deportación y hasta á la pena de muerte. Encantado del descubrimiento, el ministro juzgó que sería una lástima tenerlo secreto. En una circular á los prefectos (1), comparó la suerte de los infortunados publicistas ingleses con la de nuestros afortunados compatriotas, que el gobierno se contentaba con amonestar ó suspender, que raramente eran condenados á multas y más raramente á prisión, y que, en verdad, debían de dar las gracias al poder. Persigny había visto Inglaterra bajo ese aspecto original; y á eso le llamaba él las luces de la filosofía y de la historia. En cuanto á la historia, la había estudiado en efecto, pero como sistemático y con el deseo preconcebido de encontrar en ella todo lo que de antemano graba en la misma su espíritu. Se preciaba de ser un alma reflexiva y lo era en efecto; pero la meditación extravió á los que no eleva, y él meditaba demasiado para su inteligencia.

Que tal personaje fuese rebelde á los detalles de la administración, no era de extrañar. Sus amigos se apresuraban á añadir que compensaba esa falta de habilidad para las cosas pequeñas con una notable aptitud para elevarse hasta las grandes: aseguraban que en los negocios importantes revelaba un verdadero don de intuición. El elogio, muy exagerado, contenía parte de realidad. Lo que no veía con las luces de su razón, Persigny lo descubría de vez en cuando con el instinto de su abnegación: de ahí avisos muy lúcidos que acá y acullá penetraban las tinieblas; de ahí muy previsores gritos de alarma: el grito de la fidelidad que también tiene su prescencia.

En este personaje, el carácter era tan raro como su espíritu. Sus cualidades, que eran grandes, parecían á veces tan incómodas como si hubieran sido vicios. Su desinterés era orgulloso: como veía en torno suyo la codicia explotando al alma generosa del príncipe ó la especulación convirtiendo en dinero los secretos del Estado, su probidad le parecía heroísmo: á veces calculaba de mal humor el precio de su virtud; en otras ocasiones denunciaba los escándalos, pero levantando tal polvareda que Alcestes hacía bueno á Filinto. En medio de la corte, profesaba la más completa y meritoria independencia: desgraciadamente, había un yugo al cual no escapaba, el de su propio espíritu, tirante y violento, absoluto y apasionado.

Un carácter tan batallador, un temperamento tan dominante, habían valido á Persigny numerosas enemistades en la camarilla imperial. De los servidores del Imperio, el que por el modo de ser contrastaba más con su carácter era el Sr. de Morny, y, en vísperas de las elecciones de 1863, el patronato del presidente de la Cámara iba á ser un título muy equívoco á la benevolencia del ministro. El mismo emperador empezaba á cansarse de un amigo tan rudo y exigente, que no quería más puesto que el primero. Lo había experimentado como embajador en Londres, donde lord Malmesbury, jefe del Foreign Office, lo juzgó el hombre

(1) Circular de 7 de diciembre de 1860.

menos á propósito para la diplomacia. El monarca lo había llamado dos veces al ministerio del Interior, y frecuentes informes habían señalado sus intemperancias de palabra y de obra, sus caprichosas alternativas de brusquedad y falta de energía. Aquel leal é incómodo servidor no poseía la voluntad reflexiva que constituye al hombre de Estado, ni la regularidad correcta que constituye al funcionario, ni la insinuante flexibilidad que constituye al favorito: hasta sus prudentes consejos, envueltos en toda clase de teorías indigestas ó de reproches destemplados, resultaban demasiado costosos. Mientras Napoleón deploraba en voz baja las destemplanzas de su antiguo compañero, el viejo compañero denunciaba cada vez más ruidosamente las increíbles indulgencias de su amo y señor, de quien decía que ni sabía separar la incapacidad, ni desenmascarar el egoísmo, ni descubrir la corrupción. Combatido por los cortesanos y hasta por la emperatriz, Persigny iba á caer en una especie de semi-desgracia y á confinarse, para el resto del reinado, en un retiro murmurante y triste, aunque con un corazón invariablemente fiel.

Tal era el hombre que iba á dirigir las elecciones. ¿Qué espíritu aportaría en su tarea? Los secuestros administrativos llevados á efecto después de la publicación del folleto del duque de Aumale, las medidas tomadas respecto á las sociedades de San Vicente de Paúl, las amonestaciones á la prensa, la intención ya proclamada de combatir á los más comprometidos de los 91, todo revelaba el propósito de no formar la unión sino entre los que profesasen las doctrinas imperiales más puras. Sin embargo, años atrás, al subir al ministerio, Persigny había pronunciado nobles palabras cuyo recuerdo duraba todavía. «Os recomiendo, decía, que no perdonéis medio de terminar la obra de reconciliación entre los partidos. Muchos hombres honorables y distinguidos de los antiguos gobiernos, sin dejar de hacer justicia al emperador por las grandes cosas que ha realizado, aún permanecen apartados de él por un sentimiento de dignidad personal. Tenedles las consideraciones que merecen; no desperdiciéis ocasión alguna de estimularlos para que hagan utilizar al país sus conocimientos y su experiencia, y recordadles que si es noble conservar el culto de los recuerdos, es más noble todavía el ser útil á su país (2).» A la hora más solemne, la última quizá de su ministerio, ¿no se acordaría Persigny de ese amplio programa?

VII

El partido republicano fué el primero que entró en campaña. Tenía en París sus jefes, su personal y, á pesar de todas las dificultades que hemos descrito, sus medios de acción. Los triunfos parciales de 1857 eran motivo de esperanza. El gobierno, tan poderoso en los cantones rurales, se sentía desarmado en la capital, donde las súplicas, las advertencias y las amenazas serían inútiles. El gran peligro estaría en que estallase la discordia entre los diferentes grupos democráticos. No sucedía lo mismo en provincias. Allí subsistía el recuerdo de los rigores pasados. Unos por miedo rehuían la lucha; otros por fanatismo se replegaban en el retraimien-

(2) Circular de 5 de diciembre de 1860.

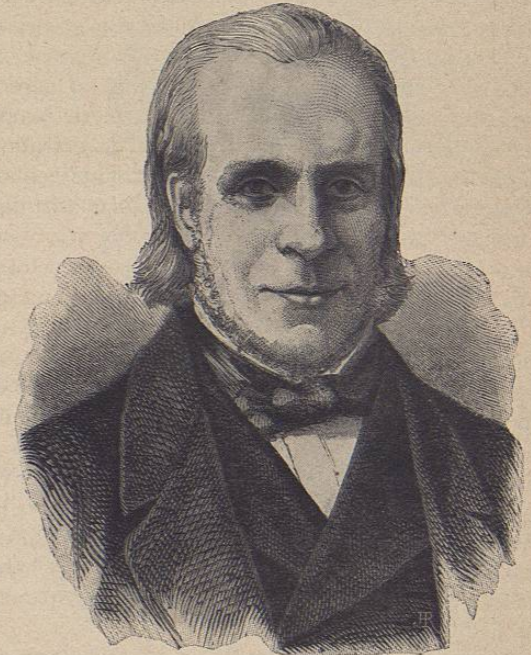
to. Los más resueltos se desanimaban: ¿qué influencia podían ejercer sobre las masas rurales doblemente adictas al Imperio por la esperanza de las recompensas y por el temor de los castigos? En su despecho, acusaban á veces al sufragio universal, esa tan celebrada conquista de 1848. «¿No fuera de desear, decía por aquel entonces Julio Favre en el Cuerpo legislativo, no fuera de desear que el derecho del sufragio fuese únicamente conferido á los que saben leer y escribir (1)?»

Había que fortalecer aquellas voluntades inertes. De los hombres de 1848, Garnier Pagés era entonces el que más se movía. Era un hombre excelente, lleno de abnegación para sus amigos, más agitado que activo, aficionado al movimiento por celo en favor de su partido y por el afán de darse importancia. A principios de 1862, emprendió una vasta excursión electoral que su edad avanzada y los rigores de la estación no dejaban de hacer meritoria. Dicese que visitó más de sesenta poblaciones. El recibimiento fué en general bastante frío: en la estación del ferrocarril ó en la parada de la diligencia le esperaban algunos amigos, pero con timidez, creyéndose vigilados por la policía: en el punto en que se había hospedado se celebraban pequeños conciliábulos de gente asustada, llena de objeciones, más inclinada á denunciarse mutuamente que á obrar en común. Aquellos republicanos, desengañados ó temerosos, dudaban de todo y en particular de la popularidad del mensajero que se les había enviado: más de una vez le aconsejaron que no se exhibiese mucho, que hablase poco, pues á los ojos de las masas representaba el impuesto de los cuarenta y cinco céntimos, cosa hoy olvidada, pero que evocaba entonces muy desagradables recuerdos. Garnier Pagés tenía esa magnífica intrepidez de las medianías á quienes nada desconcierta. Donde otro cualquiera no hubiese visto más que motivos de abatimiento, él sólo vió motivos de esperanza. Predicaba á todo el mundo la conciliación, y lo hacía con el caluroso acento de su incontestable honradez. Restauró los vestigios de la retórica de 1848. Decía que «el combate legal y leal era lo que más temía el gobierno despótico,» y se ofrecía á ir doquiera hubiese valor que infundir y disintimientos que borrar. Aunque algo desordenada, aquella actividad no fué improductiva. En varios puntos, los republicanos, que parecían irrevocablemente desunidos, se reconciliaron. El sistema del retraimiento, hasta entonces establecido como principio, empezó á ser combatido: discutiéronse candidaturas, y, sin que fuesen todavía proclamadas, parecía ya probable que se producirían en el momento oportuno. Pero la excursión era larga, Garnier Pagés muy viejo y el invierno riguroso: algo cansado de sus correrías, pero lleno de confianza en su prestigio, el representante de la democracia ambulante se fué á Cannes á descansar.

Su quietud fué pronto turbada por desagradables noticias. Así como las provincias permanecían demasiado silenciosas, París se presentaba demasiado turbulento. En provincias habría que excitar las ambiciones, mientras que en París habría que refrenarlas. El año de 1863 había empezado en medio de ruidosas discusiones y de

(1) Cuerpo legislativo, sesión de 11 de febrero 1863. (*Moniteur*, 1863, pág. 215.)

una grande emulación de deseos. Según un contemporáneo (2), todo periodista ó abogado que tenía un piso decente abría tertulia política. Los partidarios del retraimiento eran muy raros, á pesar de que Proudhon acabase de prestarles el auxilio de su pluma. En cambio, iba á surgir quizá una gran dificultad á causa de la abundancia de candidaturas. Los hombres de 1848 invocaban sus viejos servicios; los jóvenes no estaban dispuestos á esperar mucho tiempo; los *Cinco* se creían con un derecho de posesión sobre sus circunscripciones respectivas; el *Siècle* y la *Opinion Nationale* se prevalían de su numerosa clientela y querían que el periodismo tuviese su parte en los honores legislativos. Otra



Garnier Pagés

cuestión se agitaba. ¿Convenía que los demócratas se uniesen con los hombres de los demás partidos? Y si esa unión se efectuaba, ¿qué circunscripciones se les abandonarían? En esto, el espíritu de rivalidad, hasta entonces reprimido, estalló: Picard representaba la quinta circunscripción, y Havin la reivindicó. Los *Cinco* invocaron los derechos adquiridos; los partidarios de Havin echaron en la balanza el poderoso patronato del *Siècle*. La querrela se hizo pública y se encontró con agrias palabras. «Los *Cinco*, que no son más que tres, escribía Havin á Corbón, traman una porción de intrigas que la luz de la publicidad va á desbaratar.» Los *Cinco* se hallaban vivamente sostenidos por la *Presse* y el *Temps* y no cesaban de denunciar la despótica influencia del *Siècle*. Havin concluyó por retirar su candidatura, con la reserva implícita de una indemnización en otra circunscripción cualquiera; pero su retirada no borró el recuerdo del sensible incidente. Tenido día por día al corriente de aquellas divisiones, Garnier Pagés, que se encontraba aún en el Mediodía, multiplicaba sus exhortaciones á la paz. En extensas cartas al señor Dreou, su yerno, ó al Sr. Corbón, hacía resaltar los servicios de cada grupo. A sus ojos, el remedio era sen-

(2) Héctor Pessard, *Mes Petits Papiers*, pág. 74.